

## XXXVI

Entre tanto, informado Precy por dos de aquellos soldados fugitivos de la inutilidad de su sacrificio y del degüello de su ejército, anduvo errante tres días y tres noches, sin tomar alimento y sin abrigo, en medio de los bosques y en los barrancos de aquellas montañas. Sus dos últimos compañeros no le abandonaron: el uno de ellos, natural de la cabaña de Violay, á la orilla del Saona, consiguió conducirle en tres noches de marcha hasta un bosque inmediato á la cabaña de su padre; allí le mantuvo algunos días con el pan que sustraía á su indigente familia, que no sabía nada de todo esto, hasta que pudo proporcionarle un traje de labrador. Cuando al fin la noticia de la muerte de Precy se acreditó en Lyon, y cuando disminuyó el ardor de las pesquisas, el general consiguió refugiarse en Suiza atravesando las gargantas del Jura. Precy pasó la frontera con dos soldados, únicos restos de la inmensa insurrección civil de la ciudad que la república rechazaba de su seno, como bien pronto iba á rechazar los restos de la coalición de los reyes.

Precy fué acogido con respeto en el destierro, y no volvió á su patria sino con los Borbones, envejeciendo sin recompensa y sin honores bajo su reinado, porque las cortes no quieren sino á los cortesanos. No había combatido á la república, sino á sus excesos, y había conservado los colores de la nación en sus banderas. Como soldado de la nación y no de una familia, fué olvidado. Los príncipes y los hombres son de tal naturaleza, que aprecian más á los que participan de sus faltas, que á los que sirven sus intereses. Nadie se acordó de Precy sino después de su muerte. Lyon le hizo unas magníficas exequias, en la misma meseta de Brotteaux, regada con la sangre de sus compañeros de armas, enterrándole al lado de los restos de aquellos héroes del sitio. Sus restos mortales descansan allí en el sitio de su gloria. Las guerras civiles no premian sino con sepulcros.

## LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convención decreta la destrucción de esta ciudad.—Couthon.—Collot-d'Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucción.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Toulon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman á los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Toulon por el ejército republicano.—Napoleón Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses á Toulon, después de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

## I

Lo que hace triste la historia en la relación de las guerras civiles, es que después de las campañas es necesario hablar de los cadalsos.

El ejército republicano entró en Lyon con una apariencia de moderación y de fraternidad que daba á esta ocupación el aspecto de una reconciliación, más bien que de una conquista. Couthon mismo mandó en los primeros momentos el respeto á las personas y á las propiedades; ningún desorden, ninguna violencia fué tolerada. Los naturales de la Auvernia, que habían acudido allí con carros, con mulas y con sacos para transportar los despojos de la más opulenta ciudad de Francia prometidos á su rapacidad, fueron despedidos con las manos vacías y se volvieron murmurando á sus montañas. Los republicanos se condujeron como vencedores afligidos por su victoria, y no como bandas salvajes é indisciplinadas. La generosidad natural del soldado francés precedió á la venganza. Los representantes no la proclamaron sino algunos días después, y á petición del comité de salud pública, y Lyon fué escogido para ejemplo de la severidad de la república. No eran bastantes los suplicios individuales; el Terror quería ofrecer el suplicio de una ciudad como ejemplo y como amenaza á sus enemigos.

Los jacobinos amigos de Chalier, comprimidos por tanto tiempo por los realistas y por los girondinos de Lyon, salieron de sus guaridas clamando venganza á los representantes, é intimando á la Convención que les entregase en fin sus enemigos. Los representantes trataron por algún tiempo de contener esta rabia, pero concluyeron por complacerla, limitándose sólo á regularizarla por medio de la instalación de tribunales revolucionarios y dando decretos de exterminio.

## II

Allí, como en todos los actos del Terror, se ha atribuido á un solo hombre el horror de la sangre derramada. La confusión del momento, la desesperación de

los que mueren, y el resentimiento de los que sobreviven, no saben distinguir los culpables, y hacen á veces caer la execración de la posteridad sobre el ménos criminal. La historia tiene sus contingencias como los campos de batalla, absuelve ó sacrifica reputaciones sin discernimiento y sin compasion. Al tiempo toca exclusivamente dar á cada uno lo que le pertenece. Sin debilitar la reprobacion que va unida á las grandes ejecuciones de las guerras civiles, pertenece á él señalar á cada partido y sobre cada hombre la parte exacta de responsabilidad que le corresponde. Las preocupaciones de la calumnia no se legitiman con el tiempo: la justicia es debida á todos los nombres, áun á los más odiosos. No se prescribe contra la memoria de los hombres.

Todos los crímenes cometidos por la república en Lyon han sido atribuidos á Couthon, porque éste era el amigo y el confidente de Robespierre en la represion del federalismo y en la victoria de los republicanos unitarios contra la anarquía civil. Las fechas, los hechos y las palabras, imparcialmente estudiados, desmienten estas preocupaciones. Couthon entró en Lyon como pacificador más bien que como verdugo, combatiendo con toda la energía que le permitia su representacion los excesos y las venganzas de los jacobinos, luchando contra Dubois-Crancé, Collot-d'Herbois y Dorfeuille para moderar la reaccion de aquellos arrebatos del Terror. Por esto fué denunciado á la Montaña y á los Jacobinos como indulgente y prevaricador, y se retiró, en fin, ántes de las primeras ejecuciones, para no ser testigo y cómplice de la sangre vertida por los representantes del partido implacable de la Convencion.

### III

Couthon, Laporte, Maignet y Chateaufort entraron en triunfo en Lyon á la cabeza de las tropas, y se constituyeron en la casa de ayuntamiento, escoltados por todos los jacobinos y por una muchedumbre de pueblo que les pedia á grandes gritos los despojos de los ricos y las cabezas de los federalistas. Couthon arengó á la multitud, prometiéndole la venganza, pero recomendó el orden y reivindicó sólo para la república el derecho de escoger, de juzgar y de herir á sus enemigos. Los representantes fueron desde allí á instalarse en el palacio del arzobispado, que estaba vacío. Las devastadas habitaciones de este edificio, las paredes y los techos derruidos por las bombas, daban á su residencia el aspecto de un campamento situado entre escombros. Dubois-Crancé, segundo general del ejército sitiador, y miembro tambien de la Convencion, se presentó la misma noche en aquel sitio con la concubina que le seguia hasta en los campamentos, no pudiendo hallar otro albergue en aquel desmantelado palacio que un desvan fétido, cuyo techo amenazaba ruina. El vencedor de Lyon tuvo que dormir en una miserable cama, indignado por el desprecio que de él hacian sus colegas alojándole en aquel granero. En cuanto amaneció, salió de palacio murmurando contra la insolencia de Couthon, y fué á alojarse en una fonda de la ciudad. Los jacobinos, ofendidos por las dilaciones de Couthon, se agruparon alrededor de Dubois-Crancé. Este general los reunió por la noche en el teatro. Los palcos y las decoraciones se habian quemado, y los techos, abiertos por cien partes, recordaban la resistencia y el castigo. Dubois-Crancé reformó el club central y arengó á los

jacobinos como cómplice más bien que como general. El pueblo salió gritando ¡Viva Dubois-Crancé!, desbordándose por las calles cantando canciones feroces. En los parajes públicos se firmó una súplica á la Convencion pidiéndole que confiase el mando del ejército á aquel general.

Couthon y sus colegas, viendo á los jacobinos y á Dubois-Crancé dispuestos á arrastrar la tropa de grado ó por fuerza á su causa, y al ejército minado por los



Persecucion de los restos de la columna de Virieu.—Pág. 210.

clubistas, escribieron al comité de salud pública pidiéndole que llamase en seguida al general jacobino, dirigiendo entre tanto continuas proclamas á las tropas y al pueblo, invitándoles á la disciplina, al orden y á la clemencia. «Valientes soldados,—decia Couthon ántes de entrar en la ciudad,—habeis jurado respetar la vida y los bienes de los ciudadanos. Este solemne juramento no será vano, porque os lo ha dictado el sentimiento de vuestra propia gloria. Podrá haber fuera del ejército hombres que se dejen llevar á los excesos ó á las venganzas, á fin de atribuir la infamia á los valientes republicanos. Denunciadlos y prendedlos para que nosotros hagamos pronta justicia. Soldados franceses,—decia en otra parte,—

guardaos de perder todo el mérito de la guerra que acabais de hacer con tanta magnanimidad. Sed siempre lo que habeis sido. Dejad á las leyes el derecho de castigar á los culpables. Los enemigos del pueblo adoptan la máscara del patriotismo para extraviar á algunos de vosotros, tratando de haceros ultrajar, por actos injustos, opresivos y arbitrarios, el honor del ejército y de la república.»

Couthon mandó que se abriesen las manufacturas y que las relaciones comerciales volviesen á seguir su curso. Los jacobinos temblaron. El ejército obedeció. Dubois-Crancé, intimidado y llamado por la Convencion, tembló ante Couthon y se humilló ante Robespierre. Couthon cerró los clubs, inconsideradamente abiertos por Dubois-Crancé. «Considerando—decía—que, por consecuencia del sitio que acaba de sufrir Lyon, las pasiones individuales de los ciudadanos deben fermentar aún, y que los malintencionados podrán aprovecharse de estas circunstancias para atizar el fuego de la discordia civil... se prohíbe á los ciudadanos reunirse en secciones ó comités.» «¿Qué harán los ciudadanos—escribía Couthon al comité de salud pública—cuando vean que los diputados son los primeros en excitarlos á la violacion de las leyes?» El se ciñó, en virtud de las leyes existentes, á enviar ante una comision militar á los lyoneses fugitivos presos con las armas en la mano despues de la capitulacion. Instituyó algunos dias despues, de orden del comité de salud pública, otro tribunal que recibió el nombre de *Comision de justicia popular*. Este tribunal debia juzgar á todos los ciudadanos que sin ser militares hubiesen tomado parte en la sublevacion armada de Lyon contra la república. Las formas jurídicas y lentas de este tribunal daban, si no garantías á la inocencia, al ménos el tiempo necesario para la reflexion. Couthon tardó diez dias en dar el decreto que instituia aquel tribunal, para dar á los ciudadanos comprometidos, y á los que habian firmado actas que se reputaban criminales, ocasion y tiempo de evadirse. Veinte mil ciudadanos á quienes halló medio de avisar del peligro que les amenazaba, salieron de la ciudad y se refugiaron en Suiza ó en las montañas del Forez.

## IV

Sin embargo, la Montaña y los Jacobinos de Paris, sublevados contra la apatía de Couthon por las acusaciones de Dubois-Crancé, instaban al comité de salud pública para que diese un memorable ejemplo á las insurrecciones venideras, y vengase á la república en su segunda ciudad. Robespierre y Saint-Just, aunque amigos particulares de Couthon, y satisfechos de haber vencido, se reconocian impotentes contra el arrebato de la Montaña, y fingieron participar de él. Barere, siempre dispuesto á servir indiferentemente al furor ó á la sabiduría de los partidos, subió el 12 de Noviembre á la tribuna, y leyó á la Convencion, en nombre del comité de salud pública, un decreto, ó por mejor decir, un *plebiscito* contra la desdichada ciudad. «¡Sepúltese Lyon en sus propias ruinas!—dijo.—El arado debe pasar por todos sus edificios, exceptuando sobre la morada de los indigentes, los talleres, los hospicios, ó las casas consagradas á la instruccion pública. Es necesario que el nombre mismo de esta ciudad perezca bajo sus ruinas. En lo sucesivo se la llamará *Ciudad libre*. Sobre los restos de esta infame poblacion se elevará un monumento que honre á la Convencion, que atestigüe el crimen y el castigo de los enemigos de la libertad. Esta sola inscripcion lo dirá todo: *¡Lyon hizo*

*la guerra á la libertad! ¡Lyon no existe!*» Prescribíase en este decreto que una comision extraordinaria, compuesta de cinco miembros, hiciese castigar militarmente á los contrarrevolucionarios de Lyon; que los habitantes fuesen desarmados, que las armas de los ricos se entregasen á los pobres, que la ciudad fuese demolida, y especialmente las habitaciones de los ricos; que el nombre de la ciudad fuese borrado del padron de las poblaciones de la república, y que los bienes de los ricos y de los contrarrevolucionarios se distribuyesen por vía de indemnizacion entre los patriotas.

Este decreto hizo temblar á todo Lyon. El fanatismo de la libertad no habia estallado aún hasta el suicidio, la propiedad no habia sido todavía imputada á crí-



Fuga del general Procy.—Pág. 211.

men, y la expoliacion no habia aún transferido los bienes del rico al indigente, de la víctima al delator. Aquella ciudad, idólatra de la propiedad, era la primera que se veia castigada en lo que más apreciaba. Couthon, al paso que fingia la mayor admiracion hácia la sabiduría de aquel decreto, lo creia impracticable, y tardó aún doce dias en ponerlo en ejecucion. Estas dilaciones daban lugar para huir en masa á los habitantes amenazados. El representante abria la puerta á las víctimas para dar en vago los golpes ordenados por los jacobinos. «Este decreto, ciudadanos colegas,—escribia á los jacobinos,—nos ha llenado de admiracion. De todas las medidas grandes y vigorosas que habeis tomado, sólo una confesamos que no estaba á nuestro alcance: ésta es la de la destruccion total; pero ya habíamos destruido las murallas y parapetos.» La Montaña hubiese querido que Lyon hubiera sido destruida tan pronto como Barere habia pronunciado el decreto de su destruccion.

Un hombre infausto para la ciudad de Lyon, Collot-d'Herbois, declamaba furiosamente en el comité de salud pública y en los Jacobinos de Paris contra la

blandura de los representantes del pueblo comisionados en aquella ciudad. Se hubiera creído que un odio personal le animaba contra Lyon. Se decía que había empezado su carrera de cómico en aquella ciudad, donde había sido silbado por su escaso mérito por los espectadores; que su resentimiento como actor existía y fermentaba aún en el alma del representante, y que queriendo vengar á la república, vengaba su orgullo ultrajado. Dubois-Crancé apoyaba la elocuencia de Collot-d'Herbois con su testimonio. Un día llevó á la tribuna de los Jacobinos la cabeza de Chalier, mostrando con el dedo puesto sobre el cráneo de aquel infeliz las señales de los cinco golpes de la cuchilla de la guillotina que había mutilado ántes de matar al ídolo de los revolucionarios lyoneses. Guillard, amigo de Chalier, levantó los brazos hácia el cielo al ver aquel espectáculo, y exclamó: «¡En nombre de la patria y de los hermanos de Chalier, pido venganza de los crímenes de Lyon!»

## V

Couthon y sus colegas se determinaron, en fin, á ceder á las instancias de la Montaña, y reorganizaron los comités revolucionarios. Couthon les invistió del derecho de pesquisa, de vigilancia y denuncia contra los federalistas y realistas; ordenó visitas domiciliarias y de imposición de sellos en las casas de los sospechosos; pero acompañó todas estas medidas de condiciones y prescripciones que neutralizaban en parte su efecto. En fin, Couthon cumplió, pero sólo en la apariencia, el decreto de la Convención que determinaba la demolición de los edificios. Fué con grande aparato, acompañado de sus colegas y de la municipalidad, á la plaza de Bellecour, más particularmente designada á ser demolida por la opinión de sus habitantes y por el lujo de sus edificios, conducido en un sillón como sobre el trono de las ruinas por cuatro hombres del pueblo. Couthon golpeó con un martillo de plata la piedra angular de una de las casas de la plaza, pronunciando estas palabras: «Yo te destruyo en nombre de la ley».

Una porción de indigentes cubiertos de harapos, y multitud de jornaleros y albañiles, llevando azadas, palas, palancas y hachas, formaban la comitiva de los representantes. Estos hombres aplaudieron anticipadamente el derribo de aquellas moradas cuyas ruinas iban á remediar su necesidad; pero Couthon, satisfecho de haber dado esta señal de obediencia á la Convención, impuso silencio á aquella turba y la despachó. Las demoliciones fueron diferidas hasta que los habitantes de la plaza hubiesen transportado á otra parte sus muebles y demas efectos.

Después de la ceremonia, los representantes dieron un decreto intimando á las secciones que alistasen cada una treinta demoledores, proveyéndoles de las herramientas, carros y carretones necesarios para el transporte de los escombros. Las mujeres, los muchachos y los viejos fueron admitidos según sus fuerzas para esta obra, y se les señaló un jornal á expensas de los propietarios expoliados; pero aún no se empezó á demoler. Couthon, reprendido de nuevo por el comité de salud pública por la lentitud de sus ejecuciones, y culpable á los ojos de los jacobinos de la sangre que no quería derramar, advertido además de la próxima llegada de otros representantes encargados de acelerar las venganzas, escribió á Robespierre y á Saint-Just, suplicando á sus amigos que le librasen del peso de una misión que angustiaba su alma, y que le enviasen á la parte del Mediodía. Robespierre

llamó á Couthon, y su partida fué la señal de las calamidades de Lyon. La sangre, cuyo derrame detenía, se desbordó. Los representantes Albitte y Javogues llegaron. Dorfeuille, presidente de la comisión de justicia popular, hizo colocar la guillotina en la plaza de Terreaux y en el pueblo de Feurs, otro de los focos de las venganzas nacionales, en el corazón de las montañas insurreccionadas.

Dorfeuille presidió, á la cabeza del club central, una fiesta fúnebre consagrada á los manes de Chalier. «¡Ha muerto,—dijo Dorfeuille,—ha muerto por la patria! ¡Juremos imitarle y castigar á sus asesinos! ¡Ciudad impura, no ha sido bastante para tí el haber infestado durante dos siglos con tu lujo y tus vicios á Francia y á Europa! ¡Te era necesario degollar la virtud! ¡Monstruos! ¡Han cometido esta maldad y aún respiran! ¡Chalier, te debemos una completa venganza, y la obtendrás! ¡Mártir de la libertad, la sangre de los malvados es el agua lustral que conviene á tus manes! Aristócratas fanáticos, serpientes de las cortes, negociantes ávidos y egoístas, mujeres perdidas de lujuria, de adulterios y de prostitución, ¿qué le teníais que echar en cara? ¡La exageración, el patriotismo exaltado y una popularidad peligrosa! ¡Miserables! ¡Así os arrogais el derecho de señalar los límites adonde deben detenerse el amor á la patria y el reconocimiento hácia el pueblo! ¡Así anunciábais que el Eterno había puesto en vuestras manos la escuadra y el compás de las virtudes humanas! ¡Ah! ¡Si no podíais comprenderlas, debíais al ménos no haberlas asesinado! Ellos cantaron en su suplicio. ¡Oh pueblo, llora tú hoy en su triunfo! ¡Oh vosotros, ciudadanos, que formais aquí en grupo á mi derecha! En esta misma plaza fué en donde Chalier dejó de existir, aquí es en donde murió con la muerte de los criminales el más inocente de los hombres. ¡Oh vosotros, ciudadanos, que formais grupo á mi derecha, vosotros estais pisando su sangre! Escuchad sus últimos acentos; por mi conducto va á hablaros por última vez. ¡Ciudadanos, escuchad!»

Dorfeuille leyó entonces, en medio de los llantos y de las imprecaciones de la multitud, una carta escrita por Chalier en el instante de subir al cadalso. La despedida á sus amigos y á la mujer que amaba estaba llena de lágrimas; la despedida de sus hermanos los jacobinos sólo respiraba entusiasmo. La libertad, la democracia y la religión se mezclaban en una confusa invocación de Chalier al pueblo, á Dios y á la inmortalidad. La muerte solemnizaba aquellas palabras, y el pueblo las recogió como un legado del patriota.

## VI

Al día siguiente, Dorfeuille presidió por primera vez el tribunal. Los suplicios comenzaron con los juicios. Albitte y sus colegas, que acababan de suceder á Couthon, llamaron al ejército de Ronsin, y formaron otro semejante en cada uno de los seis departamentos vecinos. La misión de estos ejércitos, reclutados entre la hez del pueblo, era generalizar en toda la superficie de aquellos departamentos las medidas de inquisición, de expoliación, de prisión y de asesinatos jurídicos, cuyo centro iba á ser Lyon. Dentro y fuera de sus muros los fugitivos no encontraban sino asechanzas, los sospechosos delatores, y los acusados verdugos. Millares de presos de todas condiciones, nobles, sacerdotes, propietarios, negociantes y labradores, llenaron en pocos días las cárceles de aquellos departamentos, saliendo de